

MARÍA FERNANDA PALACIOS. (2003). *El movimiento del grabado en Venezuela. Una memoria*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.

La ensayista, investigadora y docente de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, María Fernanda Palacios, en su libro *El movimiento del grabado en Venezuela*, nos entrega un interesante compendio de recuerdos que giran en torno a los orígenes y, particularmente, al intenso desarrollo de la corriente artística del grabado en Venezuela. El subtítulo del libro, *Una memoria*, nos advierte que el objetivo de la autora no es el de realizar una historiografía impersonal de las artes gráficas en el país. Su intención se encamina por senderos muy íntimos y cálidos: las anécdotas de las que echa mano están entrelazadas inextricablemente con la historia del grabado en el país. Así, las vivencias que se desprenden del seno familiar o del círculo de amigos que rodeó el hogar de la autora, durante su niñez y juventud, se transforman en un testimonio de quien contempló el deseo, las preocupaciones y las necesidades de expresar de un grupo de artistas que logró dar cuerpo y sitio a las artes gráficas en Venezuela.

La autora desde el principio indica que su libro es un homenaje de una hija, no a la memoria, sino a la vida de su madre, Luisa Palacios (la *Nena*).

El primer capítulo, *Incubaciones y pioneros* (pp. 19-35), nos ofrece una detallada perspectiva histórica acerca de los pasos fundamentales que condujeron al establecimiento del grabado en Venezuela. En un principio, este no pasaba de ser considerado como una técnica artesanal que, sin embargo, no tardó en calar en el ámbito creativo por sus posibilidades artísticas. En esta primera etapa estuvieron presentes artistas de gran relevancia, pero la responsabilidad de la asimilación del grabado en Venezuela se atribuye a cuatro cultores de diferentes generaciones: Luis Guevara Moreno, Luis Chacón, Elvira Zuloaga y Luisa Palacios.

El segundo capítulo, *Evocación de los años 60* (pp. 37-56), es una revisión del fértil terreno que acogió el grabado como corriente artística novedosa: las instituciones culturales se aprestaron a abrir sus puertas a esas obras. La técnica del grabado recibió el apoyo de la sociedad de amigos del Museo de Bellas Artes, del Ateneo de Caracas, de la Sala Mendoza, de la Facultad de

Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela, entre otros, lo cual resultó de importancia capital. El público se daba cita en estos recintos para contemplar la obra de los grabadores y también para apoyar las iniciativas de las instituciones que, más adelante, financiarían a estos artistas. Así tomaron cuerpo ideas como las célebres “ferias navideñas”; entre ellas, Palacios rememora con especial atención la fallida “batalla” que libraron los más connotados intelectuales e instituciones culturales de los sesenta para adquirir el cuadro *Madame Cézanne*. Subastas, ferias, publicaciones y demás medios fueron puestos a disposición de esa iniciativa que, pese a no haberse concretado, dejó una experiencia organizativa sin precedentes en la historia cultural.

En el tercer y el cuarto capítulos, *Luisa Palacios y “El Taller”* (pp. 57-70) y *Desarrollos del grabado en Venezuela* (pp. 71-86), respectivamente, es posible contemplar a la *Nena* como el centro de estas memorias: la artista del grabado que –con una vasta e importante obra y muchos merecidos premios– supo estar allí, en momentos culminantes que le permitieron observar cómo el grabado echaba raíces y asumía su propio lugar en el concierto de las bellas artes de Venezuela. El “Taller” de los Palacios, con esa vitalidad de casa abierta donde nadie era excluido, también es parte importante de este libro. En ese espacio los artistas del grabado comenzaban a crear: cada uno de los proyectos en que la *Nena* participó quedó impregnado por esa esencia que emanó de su “Taller”, la atmósfera que solo se logra crear en un ámbito familiar.

En los capítulos V y VI, *El movimiento del grabado y el arte moderno* (pp. 87-95) y *El oficio y la experimentación* (pp. 97-107), se observa un cuidadoso equilibrio crítico sobre el arte del grabado. Existe la preocupación de aportar datos históricos de especial relevancia en cuanto a maestros, cultores, materiales, técnicas, etc., sin dejar de lado los reconocimientos que, con mesura y propiedad, reciben diversas personalidades del quehacer cultural en Venezuela (artistas, periodistas, directivos de instituciones, etc.). La autora se adentra en el devenir cultural de Venezuela con una precisión, una totalidad y un conocimiento que solamente son posibles en el estilo testimonial de aquel que vivió lo que está contando.

María Fernanda Palacios en este libro nos transporta a etapas de su juventud en las que Carlos Cruz Diez, Jesús Soto y Jacobo Borges departen en el “Taller” de la familia Palacios. También nos hace partícipes de los encuentros en los cuales Francisco “Paco” Vera seducía, con una tonada interpretada en su cuatro, a los artistas que hacían un alto en sus actividades, y hasta nos permite

asistir como espectadores a las alegres noches en que figuras como Guillermo Meneses, Miguel Otero Silva, María Teresa Castillo, George Korda, entre otros, además de la familia Palacios, compartían en una envidiable fiesta de disfraces. En las páginas finales del libro (pp. 113-128), tenemos la oportunidad de observar a esos personajes que la autora se ha ocupado en destacar en este particular recorrido por el devenir del arte del grabado en Venezuela, en una muestra de la colección de fotografías de su álbum familiar. Palacios nos ofrece las placenteras imágenes de esos amigos de juventud, inmersos en una espléndida época de innovaciones, de modernidad y de decidido empuje.

Con su obra, María Fernanda Palacios resalta la infatigable tarea de un grupo de apasionados artistas enamorados del grabado que lograron cautivar a público y crítica por igual.

Raúl Jiménez Sánchez
Universidad Central de Venezuela
rajs0705@hotmail.com